

## KENZO

La semana se había presentado intensamente lluviosa pero quiso el sol regalarnos su salida el día domingo, oportunidad que aproveché para salir a caminar al centro y realizar algunas compras en el hiper mercado. Bajé las escaleras del edificio hacia la calle y cuando abrí la puerta te vi, mojado, acurrucado sobre un cartón sucio.

Cuando me viste, levantaste tu carita y me miraste con ojos lánguidos y lagañosos, propios de los perros que ya vienen de varios días en la calle, abandonados. Te miré, jugué con vos, te diste amistoso por cierto, y luego seguí mi camino. Llegué a la esquina y como si tuvieras un imán en tu pequeño cuerpo me hiciste girar sobre mis pasos y volví a buscarte. Será sólo por el fin de semana –me dije-, afuera está todo mojado y es chiquito para dejarlo solo, a merced de lo que pueda pasarle.

Te llevé a mi casa, armé una cama en el pasillo, puse un plato con comida, que devoraste rápidamente, y otro con agua. Lavé un poco tus patas para que no ensuciaras el piso con barro. Estabas asustado, te revisé, vi que tus orejas estaban lastimadas, recordé que tenía gotas para curarlas y te las dejaste poner pacientemente, sabías que lo hacía para tu bien. No podías quedarte dentro de casa porque allí estaban mis dos gatos y al no haber tenido nunca perro no sabía cómo podrían reaccionar con vos. Como si me hubieras entendido cuando te lo expliqué, aceptaste la cama calentita en el pasillo, busqué una pelota para que juegues y por si -a la noche- te daba tristeza coloqué un peluche en tu cama, al que te abrazaste cual cachorro que eras.

Tenía que ponerte un nombre, pues no quedaba bien que te llamara perro, o pichi o esos apodosos de los cachorros. Tenías un hermoso color negro, también tus ojos tenían ese color, y una vez bañado eras muy bonito, así que quería un nombre importante para vos, algo que te marcara para siempre; busqué en Google nombres y al llegar a la letra 'K', encontré uno que me gustó: Kenzo, y así te llamé.

Al principio mi relación con vos consistía en mantenerte alimentado, abrigado y que te fueras encariñando con la casa, que el estrés de haber sido abandonado se te fuera y otra vez volvieras a creer en nosotros, los humanos. Pero de a poco te fuiste ganando mi corazón y un día te abrí la puerta de casa y entraste patinando en el piso cerámico, empezaste a oler todos los muebles, a recorrer las distintas dependencias y te encontraste con la primera dificultad: Tomás, mi gato más grande, que muy amistoso no es, y menos con los perros, luego conociste a Rama, pero con él enseguida te hiciste amigo, es que Ramita es muy dulce y conciliador, quizá porque él también fue un rescatado de la calle.

El día siguiente a encontrarte te llevé a la veterinaria, quería saber en qué estado de salud estabas, ahí te vacunaron, te desparasitaron, te bañaron, me dijeron que eras un galguito, no puro, pero tenías mucho de esa raza, o sea que ibas a ser un perro grande y con mucha energía, pues los galgos se caracterizan por ser buenos corredores.

Primera dificultad, no eras perro para departamento, pero me dije: no importa, lo sacaré a correr todos los días y muchas cuerdas, y así lograría que los dos estemos bien; vos por haber gastado tus energías y yo porque así no ibas a romper nada en la casa.

Admito querido perro que fue todo un aprendizaje de mi parte tenerte en casa, acostumbrada a la independencia de los gatos de pronto me encontraba con un ser adorablemente dependiente de mí, que no podía hacer sus necesidades en una cajita de arena sino que había que bajar los tres pisos que nos separaban de la calle y no importaba si el día estaba soleado o llovía, hiciera calor o muchísimo frío. Después cuando yo me ponía a estudiar, vos te acostabas en la cama y dormías, pero llegaba un momento en que te aburrías y venías a sacarme de mi concentración pidiendo ir a pasear y si no te sacaba eras capaz de desarmar todo a tu paso.

¡Cómo te encantaba verme tomar la correa y abrir la puerta para salir! Al principio era tanta la emoción del paseo que me llevabas flameando cual bandera, eras chiquito pero ya tenías mucha fuerza, luego te ibas acostumbrando al mando y marchabas a mi lado tranquilo y cuando algún perro te salía al cruce me mirabas con esos ojos hermosos como diciéndome: “defendeme, no permitas que me hagan daño”. Claro que te iba a defender mi querido Kenzo, cómo iba a permitir que te hicieran daño, ya habías sufrido mucho al haber sido abandonado, siempre te protegí. Conquistaste mi corazón desde el primer día en que te vi.

Tuvimos un serio problema con vos y era que no aguantabas las seis horas que yo estaba fuera de casa por mi trabajo o cuando me ausentaba para la universidad, y cuando llegaba a casa me encontraba con sorpresitas que me hacían enojar mucho, nunca entendí por qué a pesar de enseñarte dónde debías hacer tus necesidades te habías empeñado en hacerlas en el fondo del living, arruinando mis pisos, eso no me agradaba; y vos sabías y entendías que no estaba bien que lo hicieras por eso cuando sentías que yo abría la puerta te echabas en el sillón con cara de ¿me perdonás?

Sí Kenzo, no fue fácil nuestra adaptación, vos eras un ser enérgico, demandante, todo el día querías correr, jugar, saltar, y yo venía de un mundo tranquilo, silencioso, donde todos andábamos sin hacer ruido, no conocíamos los ladridos, en casa esos ruidos nunca estuvieron, así que cuando comenzaste a estrenarlos a todos nos estresó un poquito.

Tomás huía de vos, no quería que te le acercaras y Rama jugaba entre tus patas que le sacaban una cabeza de altura. Eras cachorro pero habías crecido en alto y mucho, al departamento le faltaba espacio para que desplegaras semejante energía y cada vez demandabas más horas fuera de casa que yo no podía darte, tenía muchas actividades.

Sin embargo, cuando salíamos a caminar no teníamos distancia que no cubriéramos, cómo caminábamos, nos íbamos bien lejos y cuando encontraba algún lugar bonito o baldío lindo para soltarte, te liberaba y vos ibas de un lado al otro descargando esa majestuosidad que solo los galgos despliegan al correr. Te encantaba ir a la Laguna Chiquichano, yo te soltaba en las bardas y ahí salías a perseguir teros y pajaritos y corrías, corrías mucho. A veces se te acoplaba algún otro perro y retozaban entre los dos hasta quedar agotados, entonces volvíamos a casa donde al llegar te echabas en el sillón y dormías mansamente.

Al cumplir los seis meses, tu tamaño era enorme, ya no podías moverte en casa, y nunca llegué a acostumbrarme a tu demanda permanente, exigías mucho y no habías encontrado a la dueña que te entendiera, nunca había tenido perros, siempre gatos y son bien diferentes las formas de crianza. Así que cuando un señor me dijo que le gustabas, si no te quería regalar, lo pensé mucho y debo admitir que me costó tomar la decisión, derramé muchas lágrimas, antes

de darme cuenta de que este señor te iba a dar todo lo que vos no ibas a encontrar en mí y si yo te quería, debía dejarte partir, para que fueras feliz.

Así que un domingo te encontré y un domingo después de seis meses juntos, tomé la decisión más difícil pero hasta el día de hoy sé que fue la correcta, te dije que te iban a venir a buscar, que ibas a ir a una casita mejor. Nos sacamos muchas fotos para que me quede el recuerdo y con tu alimento, tus juguetes y tus petates te fuiste a tu nuevo hogar Como yo lloraba mucho, tú nuevo dueño me tranquilizó, y me dijo: acompañenlos a mi casa así ve el lugar donde Kenzo va a vivir y mientras íbamos en el auto me fue tranquilizando; me dijo que todo iba a estar bien, que podía visitarte cuantas veces quisiera.

Te solté en tu nueva casa y como si nada saliste a recorrerla a tu estilo, corriste de esquina a esquina presentándote al barrio, cruzando la calle había una hermosa plaza, esas que a vos tanto te gustaban para revolcarte, y brincar.

Sí señor, tu casa era enorme, con mucho lugar para moverte. Tú nuevo dueño te acogió con mucho cariño, él sí sabía de perros y tenía todo el tiempo y la paciencia que a mí me faltaban.

En casa por muchos días quedó un gran vacío y hoy después de tanto tiempo, todavía se me vienen a la memoria esos ojitos tristes del domingo en que te encontré y la figura hidalga y hermosa del perrito que fuiste cuando te crié. Mi negro, brillante y dulce Kenzo. Fui a verte un par de veces pero después me dije, al ver que estabas feliz, que ya era suficiente. Que había decidido bien, que me había costado mucho, pero que al verte bien a vos, estaba bien yo.

Fuiste mi primera y única experiencia con perros. Y me enseñaste tanto. Sé que no volveré a tener otro en mi casa. Pero gracias a vos le he perdido el miedo a los perros y hoy soy amiga de muchos que me siguen al trabajo, o me esperan para jugar detrás de las rejas, y no sé por qué extraña razón todos son negros, como vos, ¿será que en cada uno de ellos estás diciéndome soy feliz, gracias por todo? Es increíble, pero estoy escribiendo esto y estoy llorando, es que siempre vas a ser en mis recuerdos mi dulce Kenzo, mi maestro de cuatro patas que me enseñó a disfrutar la vida de otra manera. Y te estoy y estaré tan agradecida por ello, siempre.